

5

LA “FORJA DEL HOMBRE” EN PLUTARCO

(THE “SHAPE OF HUMAN BEING” IN PLUTARCH)

José Penalva Buitrago
Universidad de Murcia

RESUMEN

En este artículo se analiza la teoría de la enseñanza en Plutarco, autor de referencia en la historia de la educación, pero últimamente escasamente considerado. Se aborda la cuestión siguiendo tres ejes de referencia de la teoría de la enseñanza, que son desarrolladas en cada una de las tres secciones: el concepto antropológico de la educación, el problema del currículo básico y el papel del maestro en el proceso de enseñanza. Se concluye con unas consideraciones sobre los ejes esenciales de la teoría de la enseñanza.

ABSTRACT

This article analyses the learning theory of a key author in history of education, but lately hardly considered: Plutarch. This subject is developed in three steps, following three basic keystones in learning theory: the anthropological concept, the problem about the basic curriculum and the teacher's participación in the learning process. Finally, the author concludes with some considerations about essential axis in learning theory.

INTRODUCCIÓN

Se analiza este artículo el concepto enseñanza en Plutarco. Aunque este autor ha sido un referente a lo largo de la historia de la educación, en las últimas décadas su pensamiento ha dejado de tener relevancia en las investigaciones pedagógicas, o, al menos, no la que mereciera. La intención de este estudio es poner de relieve las claves principales de su teoría de la enseñanza¹.

El contexto histórico de Plutarco se encuadra en la etapa posterior al Helenismo, conocida como *Época imperial*, caracterizada por el esfuerzo de resistencia ante la pérdida de la tradición clásica. En respuesta a los requerimientos de la época, el pensamiento de Plutarco es un renacimiento -en el sentido genuino de la palabra- de la tradición griega. Actualizando con gran originalidad el ideal formativo del mundo antiguo, presenta la razón de ser de la educación. Tiene un conocimiento impresionante de los escritores griegos, no sólo de filosofía, sino también de literatura; y dentro de la filosofía conoce tanto a Platón como a presocráticos, cirenaicos, cínicos, epicúreos y estoicos. Esta vasta erudición no es accesoria, sino que deja traslucir la intención de fondo de recuperar y conservar el ideal de humanidad de Grecia. Sus escritos han ejercido influencia en autores cristianos como Clemente de Alejandría, Basilio el Grande y Juan Crisóstomo. En el Occidente europeo empezó a ser conocido más tarde, por las traducciones al latín de Erasmo, inspirando a una gran variedad de autores como Montaigne, Rousseau o Goethe.

Abordamos el estudio de Plutarco siguiendo tres ejes de referencia de la teoría de la enseñanza: el concepto antropológico de la educación, el problema del currículum básico y el papel del maestro en el proceso de enseñanza. El primer eje hace referencia a la cuestión esencial de toda teoría de enseñanza: el concepto antropológico subyacente. No existe proyecto educativo sin una teoría antropológica, sin un modelo de hombre. El segundo, aborda el problema del "currículum básico" de la enseñanza. Todo el proceso -en que consiste la enseñanza- implica una propuesta real y efectiva de unos *contenidos* que forman al hombre, o, en otras palabras, que le ayudan a que se convierta en "más hombre". Más allá de las disciplinas (asignaturas) particulares, existen unos *valores humanos* que deben ser transmitidos en el proceso de enseñanza; más allá de cada disciplina (y este "más allá" entendido como "subyaciendo" a cada una de ellas) existen unos valores que "forman" realmente al hombre. El tercer eje considera al maestro como mediador axiológico en el proceso de enseñanza.

1. EL IDEAL HUMANO SUBYACENTE A LA EDUCACIÓN

Las obras conservadas de Plutarco pueden dividirse en dos grandes grupos: *Moralia* (Obras morales) y *Vidas paralelas*. Los estudios de referencia sobre Plutarco³ agrupan el contenido de *Moralia* en torno a temas como la filosofía, la moral, la política y la religión. En lo referente a la educación, Ziegler hace

referencia a cinco tratados, calificados como "pedagógicos", que son: *Cómo debe el joven escuchar la poesía*, *Cómo se debe escuchar*, *Sobre la educación de los hijos*, *De nobilitate*, y *De música*.

No obstante, el problema de la educación no se puede reducir en Plutarco a unos cuantos tratados. El contexto de sentido de sus obras, como de su actividad, fue la educación. Por tanto, no sólo hace referencia a este tema los llamados tratados "pedagógicos", sino toda su obra: los tratados sobre la amistad, sobre la virtud, etc. Incluso la finalidad de sus *Vidas paralelas* no es histórica, sino educativa, como el mismo Plutarco dice en la introducción a la *Vida de Alejandro-César*; de hecho, en la exposición de cada *Vida* comienza con el linaje del héroe, le sigue su educación y sus hechos más representativos.

La intención básica del pensamiento de Plutarco es la *formación* del hombre. En esto es continuador de Grecia. El problema de la enseñanza es, fundamentalmente, cómo hacer del hombre un ser libre, y su expresa fórmula de la educación de la virtud; la cuestión es la siguiente: ¿cómo conseguir que el niño ame la verdad y quiera la belleza?, ¿cómo conseguir que arraigue en el corazón del niño la *virtud*, el amor a los ideales que humanizan la vida? Para Plutarco, la enseñanza se lo juega todo en la transmisión de un ideal de vida (superior) y un ideal de hombre (perfección). La educación está referida a un modelo superior de hombre. De este modo, la enseñanza debe ser un arte tal que sea capaz de *activar* todo el ser del niño, y no sólo sus estructuras cognitivas. La enseñanza debe transmitir un conocimiento integral (que abarque todas las facultades del ser humano), y, a la vez, un conocimiento global (que abarque tanto la dimensión teórica como la práctica).

1.1. La enseñanza como forja del carácter

La finalidad de la enseñanza en Plutarco puede quedar sintetizada del siguiente modo: enseñar es hacer al hombre *griego por su carácter*³. Es su manera de decir que el fin de la enseñanza es formar hombres libres. Es evidente que no se trata de hacerlos griegos, sino de que reciban el carácter propio del mundo griego: la búsqueda de la perfección, la lucha por encarnar un modo humano superior, la querencia, en suma, del ideal de la libertad. Este es el propósito de la clásica "educación de la virtud"⁴. Así, en *Si la virtud puede enseñarse*⁵ exhorta Plutarco a la reflexión sobre nuestros actos, pues, de lo contrario, no podremos incorporar en nuestra vida lo bueno, lo que nos beneficia. En la línea del pensamiento clásico, afirma Plutarco no sólo que se puede enseñar la virtud, sino que es la cuestión más importante de la vida. Y *la virtud* por excelencia, la madre de todas las virtudes, es *el cuidado de sí*, la opción por nuestro mejoramiento, en definitiva: la opción por la educación (en su sentido más amplio):

"¡Hombres! ¿Por qué al decir que la virtud es inenseñable la hacemos también inexistente? Pues si el aprendizaje es origen de la virtud, el impedimento para aprender es su destrucción".⁶

En su tratado *Si las pasiones del alma son peores que las del cuerpo*⁷, habla de las enfermedades del cuerpo como analogía para plantear la importancia de la educación del espíritu. Afirma que la enfermedad fundamental del alma, de la que pende la salud de todo el hombre, es la *ignorancia*. El ignorante no es el que no sabe, sino el que cree que lo sabe todo; es decir, el que excluye de su vida la "formación", y, en consecuencia, rechaza la búsqueda de la verdad. Es el peor mal del hombre porque, si no se admite la enfermedad, se excluye la posibilidad de mejora⁸. Con ello está subrayando de nuevo la necesidad de no dejar nuestro destino en manos de la fortuna⁹. Otra imagen que utiliza para hablar de la condición humana está recogida de la agricultura: igual que no hay buen fruto si no hay cultivo, también un buen carácter se pierde sin cuidado¹⁰. La diferencia de los hombres reside en la educación¹¹.

Pero el tratado que más ahonda en el significado existencial de la educación es *Sobre la fortuna*. Presenta al hombre como un ser desnudo, desvalido en medio del mundo, pero "arrojado en manos de sí mismo", obligado al cuidado de sí¹². En su condición de desnudez, dispone de un instrumento para construirse a sí mismo, la facultad (*dynámeis*) de razonar, el fuego robado a los dioses, con el que puede encender su "luz interior"¹³. Ese "fuego interior" es, para Plutarco, un "germen". Así, pues, el origen (arjé) de la educación es esa *inquiétude* existencial, "lo sagrado" del hombre, el impulso eterno y siempre presente en el espíritu humano¹⁴. Según Plutarco, este es el ideal educativo de la Antigüedad, y así lo han entendido, por ejemplo, Pitágoras, Sócrates o Platón¹⁵.

"Resumiendo, pues digo (y podría parecer con razón que estoy pronunciando oráculos más que dando consejos) que en estas cosas el único punto capital, primero, medio y último, es una buena educación y una instrucción apropiada, y afirmo que estas cosas son las que conducen y cooperan a la virtud y a la felicidad. El resto de los bienes son humanos y pequeños y no son dignos de ser buscados con gran trabajo". EH 5c.

Dice que puede parecer que está diciendo oráculos porque está hablando de "lo divino" que hay en el hombre, la capacidad para transformarse en un ser libre:

"Mas la instrucción es lo único que en nosotros es inmortal y divino". EH 5e¹⁶.

En conclusión, la finalidad de la enseñanza es el *carácter* y la *libertad*. Por tanto, hay que considerar las dimensiones humanas en su globalidad. La enseñanza tiene una finalidad totalizadora, es decir, abarca la totalidad de sentido de toda la acción humana. La enseñanza es un *cultivo* de las "semillas" de humanidad que anidan en el corazón humano. El objeto de la enseñanza son las

“semillas” que cimentan la capacidad racional del hombre, hacer al hombre capaz de buscar los verdaderos valores de vida. La intención última es *encender* la “luz interior”, recordar “lo eterno” siempre presente en el hombre, *despertar* las semillas del “logos”, o, en fin, *actualizar* potencias.

1.2. Educar a “conducirnos a nosotros mismos”. Sobre la autarquía

Plutarco refiere la cuestión de la enseñanza al problema de la libertad: enseñar es cimentar la libertad en el hombre. Y busca el fundamento de la libertad. Afirma que la acción libre necesita de una condición previa: el hombre libre es el que ha conseguido *dominio de sí mismo* mediante la ejercitación de la razón. Es decir, el hombre libre es, a la vez, el hombre racional. Pero el concepto que Plutarco tiene de “razón” no es el de una facultad que maneja sólo contenidos conceptuales. El uso autónomo de la palabra es lo que se pretende conseguir con la educación. La “razón” es, más bien, una “potencia” vuelta sobre nosotros mismos, sobre nuestra vida considerada en su totalidad.

En su tratado *Cómo se debe escuchar*¹⁷, comienza recordando que el objetivo de la educación es *formar hombres libres*, y que libre es el hombre que tiene dominio de las pasiones mediante la razón. En otras palabras, libre es el que consigue educar sus tendencias, de modo que no son sus tendencias las que dominan al hombre, sino éste el que domina a aquellas y se sirve de ellas para “vivir bien”¹⁸. Este capítulo parece una síntesis del libro noveno de *La República* de Platón; Plutarco contrapone dos modos de vida: la “vida anárquica” y la “vida racional”:

VIDA ANÁRQUICA	VIDA RACIONAL
Ausencia de formación	Presencia de formación
Dependencia de las pasiones	Obediencia a la razón
Falta de respeto y temor a la divinidad	Seguimiento de la divinidad
Concibe la libertad como “ausencia” de autoridad.	Concibe la libertad como “cambio” de autoridad: es libre el hombre que consigue quitar el poder a las pasiones y se lo da a la razón. “Pues únicamente aquellos que han aprendido a desear lo que deben, viven como quieren” CDE 37e

La convicción de Plutarco es que, dejadas a su libre energía, las pasiones pueden producir desorden en el alma. El desorden de las pasiones produce la enfermedad del espíritu¹⁹. No es que esté afirmando la negación de las pasiones, sino su control mediante la facultad de razonar²⁰. Por *razón* entiende Plutarco

la puesta en juego de todas nuestras facultades, tanto sensitivas²¹ como intelectivas²², con la intención de encender "la propia luz interior". De este modo, el hombre que consigue sacar partido de todas sus "energías" o "potencialidades" es el hombre inteligente.

"La inteligencia no es oro ni plata ni gloria ni riqueza ni salud ni fuerza ni belleza. ¿Qué es, entonces? Aquello que es capaz de hacer un buen uso de esas cosas y aquello por lo que cada una de esas cosas es agradable, magnífica y provechosa. Sin ella son inútiles, infructíferas y perjudiciales, y agobian y avergüenzan al que las posee". (SF 99e13-f5).

Para ahondar en la explicación de la facultad de razonar, utiliza Plutarco la imagen del general del ejército. El general no es ni el soldado de infantería pesada, ni de infantería ligera, ni otros, sino:

"El que los manda y hace uso de todos éstos". (SF 99e11-12).

Lo que, en definitiva, sostiene Plutarco es que el hombre racional es el que sabe conducirse, el que tiene las riendas de su propia vida, o, en otras palabras, el hombre con "juicio", es decir, el hombre *prudente*. La virtud de la prudencia es, pues, la sabiduría más necesaria del hombre en toda circunstancia y en toda actividad de la vida²³, y, por tanto, el objeto principal de la enseñanza.

"Pues bien, es ridículo quien dice que el arte de disparar el arco, el de la infantería, el de los honderos o el de la caballería pueda enseñarse, pero que el de la estrategia y el de dirigir un ejército ocurre por el azar y a cualquiera, incluso sin haber aprendido. Es más ridículo aún, sin duda, quien pretende que solamente no puede enseñarse la prudencia, sin la cual no hay utilidad ni provecho en las demás artes".²⁴

El hombre inteligente es el prudente²⁵. El "hombre inteligente" es un *escultor*, un *constructor*, cuya obra es su propia vida²⁶. El hombre es un "hacedor" de su propia vida, de modo que su educación es su "hacienda". La formación es un *arte*²⁷, y las obras de la educación son *hombres enteros*²⁸.

2. ¿CÓMO ENSEÑAR LA VIRTUD?

Hemos visto que el hombre rectamente formado es aquel que, primero, pone en juego todas sus potencialidades, y, segundo, las pone bajo el mando de la facultad racional, que es, como dice Plutarco, el piloto que conduce la nave de nuestras potencialidades hacia buen puerto. En esto consiste el aprendizaje de la virtud, cuyo eje más importante es la virtud de la prudencia. La consecuencia de este planteamiento es que la enseñanza debe consistir en el fortalecimiento de esas potencialidades, o, en otras palabras, en la forja del espíritu, o, como dice Plutarco, en la *forja del carácter*²⁹. Pero, ¿cuáles son, en concreto,

los valores vitales imprescindibles que hay que potenciar para hacer "hombres de carácter"? ¿Cuál es el "currículum básico" de la teoría de la enseñanza de Plutarco?

2.1. Buscar "la justa medida de la vida"

A la hora de plantear qué tipo de "saberes" tiene que adquirir el hombre para alcanzar la virtud, Plutarco parte de una convicción fundamental: el saber puramente conceptual no "transforma" el espíritu, los imperativos no cambian las potencias. Ni las puras ideas ni los puros deberes mueven a la virtud. Los conceptos, como mucho, forman cabezas bien amuebladas, pero no mueven la voluntad. Los imperativos, como mucho, hacen personas obedientes, pero no transforman la voluntad.

La enseñanza ha de crear en el niño un "fondo" que le prepare para la virtud. Y lo primero que hay que hacer es fortalecer la salud del cuerpo, porque de ella depende el dominio del espíritu³⁰. *Mens sana in corpore sano*. El objetivo no es educar el cuerpo en sí mismo y por sí mismo, sino favorecer el cultivo del espíritu. En segundo término, hay que crear unas disposiciones básicas en el alma del niño. La enseñanza debe transmitir unas condiciones "temperamentales" básicas. Y el principio rector de esos valores básicos es la intención de conseguir que el niño *ame el saber y la verdad*³¹. El mayor cuidado ha de ser para el cultivo de la capacidad de *escucha* y la *curiosidad* por todo. Y, junto a esto, no fomentar el afán de vanagloria³². Por eso aconseja seguir el ejemplo de Pericles y Demóstenes, quienes en repetidas ocasiones negaban la invitación a hablar porque decían que no estaban preparados. No obstante, no hay que caer en el error contrario: la cobardía; por eso, cuando sea conveniente, el niño debe hablar con libertad y valor³³.

En tercer lugar, habla del cuidado que hay que tener especialmente en la edad de la adolescencia³⁴. Dice Plutarco que en esta edad el joven necesita más cuidado y vigilancia, por el ímpetu de sus deseos³⁵. Montaigne, Locke y Rousseau ahondarán en este tipo de saber. Este "valor vital básico" puede quedar expresado en el concepto "saber sobre el mundo". En cuarto lugar, Plutarco habla de la formación en las "artes liberales" (literalmente *enkýklion paideuma*), y advierte que la cima de todas estas disciplinas es la filosofía³⁶:

"Por ello, es necesario hacer de la filosofía la cabeza principal de toda la instrucción" (EH 7d).

Pero no afirma Plutarco la superioridad del saber filosófico por mero afán de erudición, sino porque proporciona un saber globalizador sobre el hombre. En síntesis, la filosofía es el conocimiento de nuestros propios límites; permite al hombre "conocerse a sí mismo", acceder a la justa medida de la vida.

"Pero sólo la filosofía es remedio de las debilidades y sufrimientos del alma, ya que, por medio de ella y con ella, es posible conocer qué es lo bello y qué lo vergonzoso, qué lo justo y qué lo injusto, qué cosa, en resumen, hay que buscar y de qué cosa hay que huir: cómo se debe tratar a los dioses, a los padres, a los ancianos, a las leyes, a los extranjeros, a los magistrados, a los amigos, a las mujeres, a los hijos y a los criados; (...) y, lo más importante de todo: no estar demasiado contentos en la prosperidad ni demasiado tristes en la adversidad; ni ser desenfrenados en los placeres, ni apasionados y bestiales en la ira. Yo considero que éstos son los más importantes de todos los bienes que se derivan de la filosofía". EH 7d-e.

No obstante, la filosofía debe apoyarse en el lenguaje poético. La poesía tiene un valor de "preparación" para la filosofía³⁷.

"Por lo tanto -dice Plutarco-, los que van a dedicarse a la filosofía no deben huir de la poesía, sino que deben empezar a filosofar en la poesía, acostumbándose a buscar y amar lo útil en el placer, y si no lo consiguen, a combatirla y rechazarla". JEP 15f-16a³⁸.

2.2. Cultivo de la voluntad

La filosofía, por sí sola, no puede llegar a conmover el alma del joven. Debe "introducirse" o "mezclarse" con la "vid poética de las Musas"³⁹. La poesía es, pues, "un arte mimético y una facultad análoga a la pintura"⁴⁰. Muestra al joven "lo conveniente", "lo útil", "lo bello", y mueve su alma a la *imitación*⁴¹. No hay que perder de vista que la intención última del aprendizaje es que el joven "imite" lo bueno. Por eso, una buena parte del tratado *Como debe el joven escuchar la poesía* la dedica a cómo se logra este fin, con abundantes ejemplos de la literatura griega⁴². La clave para conseguir que el joven quiera imitar lo bueno reside en no hablar de la virtud como algo inalcanzable. La poesía debe presentar a seres de carne y hueso, con sus defectos y debilidades⁴³.

"la poesía es imitación de caracteres y formas de vida de hombres no perfectos, ni puros, ni intachables en todo, sino sometidos a pasiones y opiniones falsas e ignorantes, pero que por buena disposición natural se cambian a sí mismos hacia lo mejor. Pues una preparación y una opinión así del joven, excitado y entusiasmado con las cosas bien dichas y bien hechas, y sin admitir las malas y rechazándolas, hará inofensiva la acción de escuchar". (JEP 26a-b).

Sin embargo, el fin del proceso no es la poesía misma, sino la formación de la virtud, la formación de una "buena virtud", es decir, la adquisición de un "buen carácter". Y la poesía, por sí misma, no conduce a ello. En la poesía hay algo beneficioso y algo perjudicial para el joven⁴⁴. Este es el sentido del proverbio que usa Plutarco: "mucho mienten los poetas"⁴⁵. Por eso dice que el maes-

tro debe velar para que el estudio de la poesía conduzca a la filosofía. En otras palabras, el maestro debe velar porque el joven estudie la poesía con *espíritu crítico*⁴⁶. Así, Plutarco considera como condiciones temperamentales imprescindibles de la filosofía, la búsqueda de la verdad, y, junto a ella, el rechazo de toda forma de superstición, y, para ello, la virtud de la valentía:

"Por tanto, conviene no temblar cobardemente ni postrarse de rodillas ante todo, como se hace por la superstición, en un templo, sino acostumbrarse a proclamar valientemente que algo "no es justo" y "no es conveniente", no menos que "es justo" y "conveniente". (JEP 26b8-c1).

El ejemplo favorito de Plutarco, en este sentido, es Aquiles⁴⁷, acompañado de su maestro Fénix⁴⁸. El ejemplo no es casual en Plutarco⁴⁹. Su modelo de enseñanza es un "desarrollo" del espíritu griego, entendiendo "desarrollo" como un "ahondamiento", un sumergirse en él para recuperarlo y actualizarlo. Profundiza, en suma, en el ideal educativo clásico: "dominio de sí", "conversión" del espíritu, formación, virtud como forma suprema del conocimiento supremo⁵⁰. No es otro el objeto del *eros* de Platón o de la *filautía* de Aristóteles:

"Pues es propio de un hombre sensato estar orgulloso de sí mismo y de la disposición de su ánimo, cuando es la mejor. Por lo tanto, si son conducidas todas estas cosas al conocimiento, se demuestra que toda forma de virtud nace de la razón y de la enseñanza". JEP 32d13-e3.

2.3. Cultivo del sentimiento de admiración

Ya vemos que, en Plutarco, forjar el carácter -encarnar la virtud- no es una cuestión de imposiciones externas, ni de puros conceptos. Abarca todas las potencias humanas, y, en consecuencia, supone un giro radical del modo de ser y de estar en el mundo. De modo que será posible formar algo nuevo si se consigue transmitir unas *capacidades básicas*. Educar significa cultivar un temperamento básico, o, como dice Plutarco, un temperamento filosófico. En el apartado anterior hemos puesto el acento en la relación de la voluntad con el talante filosófico. Ahora hay que subrayar su relación con la verdad. Y es que, en Plutarco, el deseo de imitar el bien está unido al *deseo de saber* y al *deseo de verdad*⁵¹, y este deseo se manifiesta en el sentimiento de *admiración*. Tenemos, pues, otro valor vital necesario: junto al espíritu crítico, el sentimiento de admiración.

Este sentimiento nace del *silencio* y de la *capacidad de escucha*. Por tanto, hay que educar al niño para hacerlo capaz de escuchar⁵². Y el objetivo es que el joven sea capaz de distinguir los "falsos discursos" de los que engendran virtud⁵³. El temperamento (filosófico) consiste, en Plutarco, básicamente en el desarrollo de la capacidad de escucha y de la capacidad de trabajo. Habla expresamente de una actitud del espíritu "propicia" para engendrar la palabra, y, en conse-

cuencia, la virtud, y una actitud del espíritu "nociva"⁵⁴. La actitud que favorece el crecimiento del espíritu es aquella que permite "engendrar" una buena semilla en el alma. Por eso lo primero es facultarlo para "entregarse al que habla"⁵⁵, porque "en el uso de la palabra el recibirla es anterior al lanzarla"⁵⁶. De ahí el especial cuidado para no alimentar la soberbia en el niño⁵⁷.

La escucha es una capacidad que se adquiere mediante el hábito y consiste en la posibilidad de conocer "lo que beneficia" a nuestra alma. La escucha hace posible que el hombre pueda *estimar* lo bueno⁵⁸. Habilita nuestro espíritu para estar *expectante* de lo bueno y bello de la vida.

"Por eso, es preciso que, uno, habiendo hecho un pacto con su deseo de escuchar frente a su deseo por la fama, escuche al que habla con actitud propicia y favorable, como si estuviera invitado a un banquete sagrado" (CDE 40b).

El que tiene capacidad de escucha aprende no sólo de las palabras de otros, sino también de sus errores, pero no para echárselos en cara, sino para que nos sirvan como ejemplos a nosotros; por eso cita Plutarco las mismas palabras que Platón:

"¿Seré yo acaso igual que ellos?" (CDE 40d)⁵⁹.

"(Aconsejo que) tomando el discurso de otro como principio y raíz, lo desarrollen y amplíen. Pues la inteligencia no necesita de relleno como un vaso, sino como la madera sólo de alimento, que crea impulso investigador y deseo hacia la verdad. En efecto, así como si uno necesita coger fuego de casa de sus vecinos, después de encontrar una lumbre grande y espléndida, permaneciera allí calentándose hasta el final, del mismo modo, si uno, acercándose hasta otro para beneficiarse de un discurso, no cree que es necesario encender su luz interior y su propia inteligencia, sino que, llenándose de gozo con la audición, permanece sentado cautivado, obtiene de los discursos sólo la opinión, como del fuego el otro se lleva sólo el color rojo y el brillo en su rostro, pero no ha logrado evaporar ni expulsar por medio del calor de la filosofía el moho y la tiniebla interior de su alma"⁶⁰.

Para Plutarco, el objetivo último del saber es la incorporación de la virtud⁶¹. En el tratado *Cómo sacar provecho de los enemigos*⁶² sostiene que incluso de la presencia de enemigos podemos sacar mucho beneficio⁶³. Dice, además, que eso -sacar provecho de los enemigos- es propio del "hombre inteligente"⁶⁴:

"Pues muchas cosas las percibe mejor el enemigo que el amigo, ya que "el amante se ciega ante el amado", como dice Platón" (PE 90a)⁶⁵.

Pero también advierte del peligro a que están expuestos los hombres con capacidad para la admiración, "los entusiastas", los que tienden a ver lo bueno y bello de la vida⁶⁶; "los entusiastas y bondadosos sufren más daño", pues "por

buena voluntad y confianza hacia los que hablan admitimos, sin darnos cuenta, muchas opiniones falsas y perniciosas"⁶⁸. El primer consejo que da Plutarco al respecto es no "fiarnos" de las "bellas palabras", y sí de las "bellas acciones" de los que hablan⁶⁹; es decir, "dejarse guiar más por la manera de ser que por las palabras"⁷⁰. Después, es necesario examinar los discursos "por sí mismos", al margen de la fama del que lo dice⁷¹.

En suma, pues, la actitud de escucha crece con mucho esfuerzo y trabajo; exige, diría Platón, recorrer un camino largo y difícil, para "forjarse" en oro.

"Por eso es preciso, quitando lo superfluo y lo vano de la expresión, perseguir el fruto mismo e imitar no a las que trenzan coronas, sino a las abejas. (...) (Estas) revoloteando con frecuencia sobre los prados de violetas, de rosas y de jacintos, llegan al tomillo, muy áspero y muy punzante, y en él se posan: Preocupándose de la rubia miel". (CDE 41f)⁷².

Recorre Plutarco a esta imagen para insistir en que no hay que fijarse en lo visible, sino en lo invisible. Ese es el motivo de la referencia a la abeja. Ésta ama "lo útil" para la vida, y sólo se adquiere con trabajo. Por eso, el filósofo es descrito también como "oyente amante del trabajo y sincero"⁷³. En cambio, el zángano, busca "lo florido", lo superficial. Platón también utiliza esta imagen del zángano. La distinción temperamental entre la abeja y el zángano reside en la capacidad de trabajo, pues, para Plutarco, no sólo trabaja el que habla, sino también el que escucha: éste colabora con el que habla⁷⁴.

3. EL MAESTRO COMO EJE DE LA ENSEÑANZA

En el tratado *Sobre la educación de los hijos*⁷⁵, Plutarco afirma que los padres son los responsables fundamentales de la educación de sus hijos. La responsabilidad implica una serie de deberes, como velar por la recta marcha de sus enseñanzas⁷⁶. Pero el deber más importante es elegir bien al maestro.

"Pues éstos [los maestros] son los primeros que, recibéndolos [a los niños] desde la lactancia, como las nodrizas moldean sus cuerpos con las manos, así ellos regulan su carácter con las costumbres, poniéndolos por vez primera en un trazo de virtud"⁷⁷.

En este aspecto insistirán posteriormente Montaigne, Locke y Rousseau. Encontramos ya en Plutarco elaboradas las características de la "educación familiar": los padres tienen un deber inexcusable en la educación de sus hijos; para convertirlo en un hombre auténtico, deben dejarlo en manos de una persona de confianza y sabia, para que lo acompañe en su crecimiento. El maestro transmite al niño la *virtud*. Para Plutarco, el modo de ser, así como el modo de estar en el mundo, caracterizado por la virtud, se transmite fundamentalmente por el *ejemplo existencial*. Éste es el elemento central de su teoría de la enseñanza. Por eso dice en su tratado *Sobre la educación de los hijos*:

*"Y voy a hablar de la más grande y más importante de todas las cosas dichas hasta ahora. Se debe buscar para los hijos unos maestros que sean irreprochables por su género de vida, irreprochables en sus costumbres y los mejores por su experiencia, pues la fuente y raíz de una conducta intachable es casualmente una buena educación"*⁷⁸.

En un trazado rápido presenta el eje de la educación girando en torno a las cualidades morales del maestro. Para Plutarco, el maestro verdadero es el que, en primer lugar, quiere la belleza; el maestro es el amante de la verdad⁷⁹. En segundo término, y porque quiere la verdad, quiere lo bueno para el alumno, y no ya "lo agradable". En tercer lugar, no encubre la realidad; conoce la virtud y no llama virtuoso a lo que no lo es⁸⁰. Así, a la hora de diseñar el modelo de maestro verdadero, lo hace en contraposición a un anti-tipo: el adulator. En el capítulo primero de *Cómo distinguir a un adulator de un amigo* dice que el maestro se caracteriza por el amor a la belleza, y el demagogo por el amor a sí mismo. El amor a la belleza conduce a querer la verdad, a conocernos a nosotros mismos⁸¹. El "propio interés" falsea la realidad y contradice la máxima "conócete a ti mismo"⁸². Así, pues, la adulación está fundamentada en un engaño sobre nosotros mismos, nos mantiene en la ignorancia, y, en última instancia, nos hace esclavos de nuestros deseos. En consecuencia, la enseñanza empieza por el "cultivo del propio maestro". Es imposible transmitir un alto ideal de vida -pues en esto consiste la educación- si el maestro no está convencido de ello.

Al referir Plutarco la cuestión de la educación a la persona del maestro se sitúa, como Platón, en un modelo de enseñanza centrado en la amistad. La vida y la actuación de Plutarco dejan traslucir que en su ideal educativo hay una relación muy estrecha entre maestro y amistad. La vida de Plutarco se puede interpretar como una búsqueda de la verdad en contacto con maestros, con maestros que son amigos. De hecho, Plutarco es introducido en su formación por el platónico Aminio, en la Academia de Atenas. Este fue su maestro y amigo, al que dedicará una de sus obras (perdida en la actualidad). Y en su ciudad natal fundará una Academia a imagen y semejanza de la ateniense, donde realizó su gran actividad educadora enseñando a miembros de su familia, amigos e hijos de sus amigos. Entre sus amigos cuentan filósofos de varias escuelas (platónicos, pitagóricos, peripatéticos, estoicos, cínicos y epicúreos), sacerdotes, músicos, médicos, gramáticos, sofistas, poetas y políticos. Y entre sus actividades se incluyen los grandes viajes, al estilo de Platón, que realiza por Egipto, Roma o Grecia.

3.1. ¿Cómo es, en concreto, la "relación" maestro alumno? El "arte" de la moderación

Ya tenemos delimitada la importancia decisiva de la persona misma del maestro en la enseñanza. Ahora hay que poner de relieve el *verdadero arte* de la enseñanza. ¿En qué consiste el *proceso* mismo de la enseñanza, por medio del

cual adquiere el joven un alto ideal de vida, como hemos dicho, y del que la persona misma del maestro es ejemplo? O, en otras palabras, ¿en qué consiste el recto ejercicio de la conducción del espíritu del niño?

Plutarco concibe la enseñanza como un "arte"; el maestro, en consecuencia, es un "artista", un hacedor de hombres libres. Pero, como estamos en el contexto de la educación *en la amistad*, reduce toda la cuestión de la enseñanza a sus elementos esenciales: el arte de la *franqueza*. El maestro es quien conduce el alma de sus alumnos hacia un modo de ser superior (ascensión al Bien, que diría Platón). En esto coincide la maestría con la amistad; los amigos quieren el bien de sus amigos. Y el ejercicio concreto de la amistad, es decir, el modo concreto en que se conduce el alma del amigo hacia el bien, se llama franqueza. No obstante, para Plutarco, no vale cualquier tipo de franqueza. El maestro, como un médico, tiene que administrar la medicina que conviene y cuando procede, de lo contrario produce perjuicio. La esencia, pues, del arte de la enseñanza es la "moderación"⁸³.

"Entonces, puesto que, como se ha dicho, la franqueza es muchas veces dolorosa para aquel que la cultiva, es necesario imitar a los médicos, pues ni aquéllos, cuando hacen un corte, dejan la parte afectada en su sufrimiento y dolor (...). Por eso, también es preciso que los que amonestan lleven cuidado, sobre todo, en estos casos y no abandonen demasiado pronto ni permitan que algo triste e irritante para sus amigos ponga fin al encuentro y a la conversación". (AM 74d-e).

El maestro tiene como meta ayudar al alumno "en sus luchas denodadas con las pasiones"⁸⁴. Debe ejercer el arte de la prudencia y de la amonestación, pero siempre teniendo presente que tiene como fin engendrar la virtud, no la humillación⁸⁵. La prudencia en el ejercicio de la conducción de los espíritus se pone en juego fundamentalmente en el ejercicio de la amonestación. La severidad está justificada para oponerse a un *hábito insensato*. Este es el arte que utilizó Solón con Creso, Sócrates con Alcibíades, Ciro con Ciáxares, y Platón con Dión⁸⁶.

Sin embargo, Plutarco también deja constancia de que, aunque hay que huir de la adulación, no hay que caer en el error contrario, que es la franqueza pura y dura, la censura por la censura. Parece que Antíoco Filópapo, amigo de Plutarco, a quien va dirigido el tratado AM, ha incurrido en este error; y Plutarco se remite a la "justa medida"⁸⁷, porque no sólo daña el adulador, sino también la franqueza del amigo, si se aplica a destiempo; igual que una medicina daña si no se aplica a tiempo, también la franqueza puede causar pena inútilmente. Por eso, el maestro cuidadoso busca el momento oportuno⁸⁸. Lo más importante del arte de la enseñanza es que el fin de la corrección no debe ser nunca subrayar lo malo que hay en el alumno, aunque sea con la intención de corregirlo⁸⁹. Nadie se siente a gusto cuando otra persona, aunque quiera nuestro bien, está encima de nosotros con una actitud inquisitiva y morbosa,

sacando a la luz sólo lo negativo. Eso termina por cegar la mirada, quitándonos el amor al bien. Por eso, hay que subrayar ante todo lo que se hace bien:

“y sí, ¡por Zeus!, alabarlos de buena gana en primer lugar; e igual que el hierro se condensa con el frío y acepta más tarde convertirse en acero después que se ha relajado primeramente por el calor y se ha hecho blando, del mismo modo a nuestros amigos, una vez que han sido suavizados y calentados por las alabanzas, les aplicaremos poco a poco, como un temple de hierro, la franqueza”. (AM 73c-d).

Dice explícitamente Plutarco que ese es el modo de obrar del “amigo amable”, del “buen padre”, y del “maestro”⁹⁰, *ayudarles*, en definitiva, *a querer lo bueno*. Por eso, aconseja que, ante todo, hay que *amonestar a tiempo*, evitando siempre la humillación del alumno. Desaconseja claramente la *repreensión en el error*. De nada sirve amonestar al que ha caído, porque:

“en las mismas cosas se halla la amonestación que les produce remordimiento. Por ello, no existe entonces la utilidad de la franqueza amistosa”. (AM 68f)⁹¹.

Aquí vuelve Plutarco sobre un tema central en Platón: la acción negativa lleva en sí el perjuicio⁹², de modo que la enseñanza debe consistir en que el niño vea por sí mismo el “orden” interno a la acción misma.

“Por esto, (...) los que son desgraciados no aceptan la franqueza y la acción de hablar en sentencias, sino que están necesitados de discreción y ayuda”. (AM 69b).

Lo que aconseja en estos casos es ser dulce con el alumno, porque en situación de desgracia “es dulce mirar a los ojos de una persona amable”⁹³.

“Ésta es la forma de ser de los amigos nobles, pero los viles y miserables son aduladores de los que están en la prosperidad”. (AM 69d).

Así, pues, no hay que amonestar cuando se ha cometido el error, sino antes, previniendo de que no caiga. Critica la costumbre de aquellos que no se atreven a amonestar cuando la cosa va bien, y atacan a los que han caído o han fracasado⁹⁴. Precisamente necesita del consejo del maestro amigo aquel al que, aparentemente, le van bien las cosas, pero, en realidad, no va por buen camino, porque está cegado por la suerte:

“sobre todo, los afortunados necesitan de amigos que les hablen con franqueza y reduzcan el orgullo de su mente. Hay pocos a los que con la prosperidad les sobreviene el ser sensatos, la mayoría necesita de reflexiones externas y razonamientos que los empujen desde fuera a ellos que están crecidos y turbados por la suerte”. (AM 68e-f).

Lo importante de estos consejos es caer en la cuenta de que, para Plutarco, la acción de la enseñanza tiene como fin que el alumno aprenda "el orden interno" a las cosas. Hoy podríamos decir, que adquiriera conocimiento de los valores vitales necesarios para ser libre y para conducirse como un hombre en el mundo. En este sentido, como dijera Platón, nos ayudan tanto un buen amigo como los enemigos:

"el que desea salvarse debe tener amigos buenos o enemigos fogosos. En efecto, los unos enseñan, los otros los prueban". (AM 74c).

3.2. La clave del arte de educar reside en la persona misma del maestro

La prudencia es una virtud que debe encarnar el maestro. No es una cuestión de dominio de técnicas o de procedimientos, sino de "ser".

"La franqueza necesita, igualmente, de un hombre de carácter y esto es especialmente cierto referido a aquellos que amonestan a otros". (AM 71e).

Y cita Plutarco al respecto un ejemplo del mismo Platón.

"En efecto, Platón decía que reprendía a Espeusipo con su vida (...): con sólo haberlo mirado en la conversación y haber puesto los ojos en él, lo mudó y cambió". (AM 71e).

Abundando en este sentido, dice Plutarco del recto ejercicio de la franqueza en el arte de enseñar: en primer lugar, hay que eliminar en la medida de lo posible el *amor propio*, que se manifiesta en el reproche⁹⁵. En segundo lugar, hay que eliminar de nuestra franqueza todo condimento desagradable, como el tono orgulloso, la risa o la burla, buscando el momento oportuno para ejercitar la corrección⁹⁶. Y, lo más importante, la franqueza exige la confesión de la propia experiencia. La mayor forma de educación reside en la comunicación de vivencias interiores en el contexto de la confianza. Por eso dice Plutarco que, a la hora de amonestar al alumno para conducirlo por el camino de la virtud, y dado que el maestro también tiene imperfecciones, la mejor forma de amonestar es *confesar nuestras propias debilidades*, como Sócrates hacía cuando reprendía, o como Fénix⁹⁷:

"Y, por eso, es necesario ejercitarse en el arte de la franqueza, en la idea de que es la más grande y poderosa medicina en la amistad, que necesita siempre de una oportunidad con buena puntería y de un temperamento moderado". (AM 74c-d).

4. CONSIDERACIONES FINALES

En primer lugar, el contexto de sentido de la teoría de la enseñanza, en Plutarco, es la existencia humana en su totalidad. No una dimensión del hombre, sino *la vida* entera. El hombre es una "realidad viva" que necesita de resolución existencial. El problema de la enseñanza reside en la realidad antropológica: el hombre nace con *capacidad para* ser libre, pero esta capacidad no es espontánea, sino que requiere cultivo. En Plutarco queda planteado en las siguientes tesis:

1. La finalidad de la enseñanza es forjar carácter o, en otras palabras, hacer "hombres libres". La enseñanza no se reduce a una dimensión humana, sino a su totalidad, es decir, a la globalidad de sus potencias.
2. El hombre consigue la *libertad* cuando logra el *dominio de sí* (autarquía) mediante la ejercitación de la *razón* para poder conducirse a sí mismo en la vida (prudencia). Por tanto, el hombre libre es el "hacedor" de su vida, de modo que su educación es su "hacienda". En conclusión, afirma la vida entera del hombre dinamizada por una única y gran fuerza: la formación.
3. El "conocimiento" es de una condición tal que permite al hombre acceder a la justa medida de las cosas (mesura). *Conocer* los propios límites es *poseernos* a nosotros mismos (libertad).

En segundo término, este planteamiento antropológico conlleva la siguiente consecuencia para la enseñanza: para posibilitar la libertad, el alumno debe encarnar unos *valores existenciales*. La *razón* es una forma de ser y de estar en el mundo "que hay que alcanzar" mediante la formación. Las tesis de Plutarco son las siguientes:

4. El objeto de la enseñanza son las *semillas* que cimentan la razón. No es en absoluto un planteamiento de andamiaje sobre las estructuras cognitivas, sino una *dinamización* (encender, despertar, recordar, actualizar) de todas las capacidades del alma, con la finalidad de hacer al hombre capaz de buscar los verdaderos valores de la vida. La inteligencia no necesita de relleno; hoy diríamos, no necesita de andamiaje, sino de impulso investigador y deseo de verdad.

*"[Aconsejo que] tomando el discurso de otro como principio y raíz, lo desarrollen y amplíen. Pues la inteligencia no necesita de relleno como un vaso, sino como la madera sólo de alimento, que crea impulso investigador y deseo hacia la verdad"*⁹⁸.

5. La enseñanza tiene como objetivo transmitir al niño y al joven un *fondo* de posibilidades.

- 5.1. Educar es fortalecer las *condiciones temperamentales* de su espíritu con la intención de prepararlo para la conducción autónoma (prudencia).
- 5.2. Educar al hombre para que sea libre consiste en *prepararlo* para que ame el saber, para que busque la verdad.
- 5.3. Por eso Plutarco resume el currículum básico en la *curiosidad* o *saber* escuchar. El "currículum básico", o sinfonía que suena en todo el proceso de la enseñanza, es el amor a la verdad.
6. Los valores existenciales (currículum básico) que hay fortalecer en el alma del joven son:
 - 6.1. Fortaleza física. *Mens sana in corpore sano*.
 - 6.2. Fortaleza espiritual.
 - 6.3. "Saber sobre el mundo".
7. En Plutarco, el currículum básico se resume en la "filosofía" como conocimiento de los justos límites de la vida, e incluye el cultivo de:
 - 7.1. La curiosidad.
 - 7.2. El espíritu crítico.
 - 7.3. La admiración.
 - 7.4. Y, sobre todo, la referencia a la virtud.
 - 7.5. Pero son valores que no se adquieren sin
 - 7.5.1. Capacidad de escucha.
 - 7.5.2. Capacidad de trabajo.
 - 7.5.3. Humildad.
 - 7.5.4. Valentía.
 - 7.5.5. Etc.

Por último, tener el diseño del "tipo de hombre" que constituye la teoría de la enseñanza, con sus valores esenciales, es la condición imprescindible para que exista "enseñanza", es decir, forja de una nueva forma de ser. Pero todavía

queda el problema del *desarrollo* de esos gérmenes en el alma del joven: *proceso* de enseñanza. Las tesis de Plutarco en este tema son las siguientes:

8. Los padres tienen una implicación educativa ineludible:
 - 8.1. Son los primeros responsables de la educación de sus hijos.
 - 8.2. El primer deber educativo es elegir bien a los maestros de sus hijos.
9. El maestro tiene una importancia decisiva en la conducción del espíritu. No es un elemento más de la educación, sino "el" elemento clave de la enseñanza, porque se siente portador y transmisor de un ideal de vida.
10. La enseñanza consiste en despertar las potencias que laten en el hombre, como semillas, dormidas en el fondo del alma, para que pueda ser libre. Y no hay mejor ni mayor método que la amistad, la comunicación de experiencias vividas.
11. La "enseñanza" verdadera empieza por la "propia formación del maestro", pues su vida y su palabra constituye "ejemplo" vital para la inteligencia del alumno.
12. Pero, a la vez que se ha dicho que el maestro es la clave del proceso de enseñanza -porque es transmisor de un ideal superior de vida-, el protagonista del proceso de enseñanza no es ni el alumno ni el maestro, sino la "relación" en sí. En otras palabras, el contexto de la amistad, que es el contexto del diálogo, es la búsqueda relacional de la verdad. El protagonista de todo el proceso de la enseñanza es la búsqueda de la verdad. Aquí se puede insertar perfectamente el verso de Machado, pues parece que aquí, en el contexto educativo, adquieren estas palabras su verdadera textura:

*"Tu verdad, no.
Mi verdad, tampoco.
Vamos juntos a buscarla".*

NOTAS

- 1.- La edición más antigua de sus obras: Plutarco, *Plutarchi Opuscula LXXXII*, Aldina, Venecia, 1509, por Demetrius Ducas. Repertorios bibliográficos: Alsina Clota, J.: "Información bibliográfica, *Estudios Clásicos* 6 (1962), 515-533. Re, R.: "Gli studi plutarchei nell'ultimo cinquantennio", *Atene e Rome* 3 (1953), 187-196.
Sobre su pensamiento, cfr. Pérez Jiménez: "Introducción", en *Plutarco. Vidas Paralelas I*, Madrid, Ed. Gredos, 1985, 7-135. Pérez Jiménez, *La biografía griega como género literario. Plutarco y la biografía antigua*, Barcelona, 1978 (tesis no publicada). García López, J.: "Plutarco", en J.A. López Pérez (Ed.), *Historia de la literatura griega*, Madrid, Ed. Cátedra, 1988, 1024-1038; con bibliografía sobre Plutarco en 1036-1038. Marrou, H.K., *Historia de la educación en la Antigüedad*, Buenos Aires, 1965. Cerro Calderón (ed.), *Estudios sobre Plutarco. Obra y Tradición*, Málaga, 1990. Rodríguez Alonso, C.: "Tyche y Areté en el proceso histórico de Roma según Plutarco", en García Valés, M. (ed.), *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas*, Actas III Simposio Español sobre Plutarco, Madrid, 1994, 447-453. Scardigli, B. (ed.) *Essays on Plutarch's Lives*, Oxford, Clarendon Press, 1995. Teodorsson, S.T.: "Plutarco. La virtud ética", *Prometheus* 18 (1992), 284-288. Valgiglio, E., "History and Life in Plutarch", *Orpheus* 8 (1987), 50-70. Babut, D., *Plutarque et le stoïcisme*, Paris, 1969. Zeller, E., *Die Philosophie der Griechen in ihrer geschichtlichen Entwicklung*, II, Leipzig, 1933. Russell, D.A., *Plutarch*, Londres, 1973. Hartmann, J.J., *De Plutarcho Scriptore et Philosopho*, Leiden, 1916. Gallardo, M^a.D.: "Estado actual de los estudios sobre los Simposios de Platón, Jenofonte y Plutarco", *Cuadernos de Filología Clásica* (1972), 127-191. Aguilar, R., *La noción del alma personal en Plutarco*, Madrid, 1981 (tesis). Camps, V. (ed.), *Historia de la ética I*, Barcelona, Crítica, 1988. García López, J.: "Diego Gracián de Alderete, traductor de los *Moralia* de Plutarco", *Los humanistas españoles y el humanismo europeo* (IV Simposio de Filología Clásica), Universidad de Murcia, 1990, 155-164. Aloní, A., y Guidorizzi, G. (ed.), *Plutarco, Il demone di Socrate. I ritardi della punizione divina*, Milán, 1982. Barigazzi, A.: "Plutarco e il dialogo "drammatico"", *Prometheus* 14 (1988), 141-163.
Sobre su pensamiento educativo, cfr. Morgan, T., *Literate Education in the Hellenistic and Roman Worlds*, Cambridge, University Press, 1998. Ortalá Salas, J.: "Plutarco, educador de bizantinos: de Agatías Escolástico a Teodoro Metoquita", en Montes Cala, J.G., Sánchez Ortiz de Landaluze, M., Gallé Cejudo, R.J. (eds.), *Plutarco, Dioniso y el Vino*, Actas del VI Simposio Español sobre Plutarco, 14-16 mayo 1998, Cádiz, Sociedad Española de Plutarquistas, Ed. Clásicas, 1999. Tirelli, A.: "L'intellettuale e il potere: pedagogia e politica in Plutarco", en Scardigli, B. (ed.), *Teoria e Prassi Politica nelle Opere di Plutarco*, Atti del V Convegno plutarcheo (Certosa di Pontignano), Napoli, 1995. 439-456. Galino, M. A., *Historia de la educación*, Madrid, Ed. Gredos, 1960, 223-232. Westaway, K.M., *The educational theory of Plutarch*, Londres, 1922. Müller, L., *Die Pädagogik Plutarchs und ihre Quellen nach der echten Schriften der Moralia*, Munich, 1926 (tesis). Eautore, D., *L'éducation selon Plutarque d'après les "Oeuvres morales"*, Aix-en-Provence, 1960. García López, J.: "Educación y crítica literaria en la Helenidad tardía: El *De liberis educandis*, atribuido a Plutarco", *Actas del VI Congreso Español de Estudios Clásicos*, II, Madrid, 1983, 83-90.
- 2.- Ziegler, K.: "Plutarchos von Chaironeia", en *Paylys Real-Encyclopädie der classischen Altertumwissenschaft*, Stuttgart, 1951, 21, 1, cols. 639-641; Volkmann, R.: *Leben und Schriften des Plutarch von Chaeronea*, Berlín, 1869. Hirzel, K., *Plutarch*, Leipzig, 1912.
- 3.- Esto mismo es lo que Plutarco dice de las nodrizas que deben acompañar al niño: "deben ser griegas por su carácter", en "Sobre la educación de los hijos" 4b, (en adelante citamos EH), *Moralia I*, Madrid, Gredos, 1992, 3d13-14.
- 4.- La educación de la virtud consiste en "producir una actuación completamente justa" (EH 2a).
- 5.- "Si la virtud puede enseñarse", en *Moralia*, Madrid, Ed. Gredos, 1995, 23-27.
- 6.- *Si la virtud puede enseñarse*, 439c; (el subrayado es mío).
- 7.- Plutarco: "Si las pasiones del alma son peores que las del cuerpo", en *Moralia*, Madrid, Ed. Gredos, 1995, 233-238. En adelante cito PPC.
- 8.- Compara Plutarco los males del cuerpo con los del alma, y dice que "los males del alma pasan inadvertidos a la mayor parte de la gente. Por esto son peores, ya que privan al que los sufre de su conocimiento. Pues *la razón*, aun debilitada, percibe las enfermedades del cuerpo. En cambio, si enferma con las del alma, ella misma no puede juzgar que padece, porque padece de aquello con lo que juzga. Y debemos contar como primero y principal de los males psíquicos la ignorancia" (PPC 500e-f; la cursiva es mía).
- 9.- "Separemos alma y cuerpo en una competición de sus particulares males -lo que no será inútil sino incluso muy necesario- para que sepamos si nuestra vida es infeliz a causa de la fortuna o por nosotros mismos". PPC 500c.
- 10.- La educación es un proceso en el que intervienen tres factores: naturaleza, instrucción y costumbre: "es necesario, primero, que la tierra sea buena, y, luego, un labrador entendido y, después, buenas semillas, del mismo modo la naturaleza se parece a la tierra, el maestro al labrador y los preceptos y consejos de la razón a la semilla". EH 2b. "De modo que, según esto, si falta alguno de ellos, necesariamente la virtud es coja. Pues la naturaleza sin instrucción es ciega, la instrucción sin naturaleza es algo imperfecto, y el ejercicio sin los dos, nulo". EH 2b. Cf. Aristóteles, *Política* 1134a, *Ética* 1103a.

- 11.- Emplea al respecto la anécdota de Licurgo, que coge dos cachorros de los mismos padres, los educa de forma distinta y a uno lo hace un cazador y a otro un perezoso (Cf. EH 3).
- 12.- Cf. "Sobre la fortuna", en *Moralía*, Madrid, Ed. Gredos, 1986, 23-32. Cito como "SF".
- 13.- Cf. SF III. Hace referencia al mito de Prometeo, paradigma constante en la tradición griega, y, en concreto, a la obra de Esquilo (*Prometeo liberado*) y Platón (*Proitágoras*).
- 14.- Cf. "Si las pasiones del alma son peores que las del cuerpo".
- 15.- Cf. EH 2b.
- 16.- Plutarco habla de "lo divino" refiriéndose a la educación de Pitágoras, Sócrates y Platón. Es decir, lo divino es ese algo especial que han necesitado para transformarse, para forjar su alma en un buen carácter; ver EH 2b-c. En alguna ocasión, Plutarco nombra a Platón como "el divino Platón", EH 3f1.
- 17.- El tratado lo dirige Plutarco a un amigo, Nicandro. Es un tratado educativo en el que Plutarco da una serie de consejos con el objeto de que Nicandro, una vez que ha dejado de tener maestro y se introduce en la vida adulta, siga su propio camino, pero un camino de hombre libre. El tratado es, pues, es una exhortación, para que Nicandro continúe su ideal formativo, es decir, para que no abandone la virtud. Es, pues, Plutarco el que ocupa el lugar del maestro, pues estamos en el ámbito propio de la educación: la amistad.
- 18.- Concluye Plutarco el tratado CDE con las siguientes palabras: "el saber escuchar es el principio de saber vivir bien" 48d.
- 19.- Dice sobre desorden de las pasiones: "en cambio, los que padecen males psíquicos (...) tienen más actividad (...). Pues los impulsos son el principio de la acción y las pasiones son impulsos violentos. Por eso (...) cuando el hombre más necesita la soledad, el silencio y el aislamiento, le arrastran entonces a la intemperie y le dejan al descubierto las irritaciones coléricas, las rivalidades, las pasiones amorosas, las tristezas, obligado a actuar (...) de forma inadecuada a las circunstancias" PPC 501C-d.
- 20.- Cf. SF III.
- 21.- Cf. SF 98b10-13.
- 22.- Cf. SF 98f.
- 23.- "Ciertamente, *las artes* son, como dicen algunos, formas menores de la inteligencia, o mejor, *emanaciones de la inteligencia* y virtudes de la misma *esparcidas entre las necesidades de la vida*, como se dice alegóricamente del fuego, que, dividido en porciones por Prometeo, se ha esparcido por todo el Universo. Y así, rota y cortada en pequeños fragmentos, la inteligencia se ha extendido a diferentes clases y artes". SF 99c (el subrayado es mío).
- 24.- *Si la virtud puede enseñarse*, 440b (el subrayado es mío). En *Si las pasiones del alma son peores que las del cuerpo* (IV, 501c) dice Plutarco haciendo referencia a la prudencia, que nuestra navegación en la vida "naufraga y se arruina sin piloto y sin lastre".
- 25.- SF 99c; 501c.
- 26.- Cf. SF IV.
- 27.- SF 99a8.
- 28.- SF 99a1.
- 29.- EH 2f8. Cf. Aristóteles, *Ética* 1103a17.
- 30.- De ahí la importancia de la gimnasia. No obstante, dice que conviene no cansar el cuerpo demasiado, pues el cansancio es enemigo de la educación. En esto sigue a Platón, R 537b.
- 31.- Cf. EH IX, EH XII.
- 32.- "En efecto, antes de llegar a la edad viril opino que no hay que decir nada sin preparación, pero cuando se consolida la capacidad del hombre, entonces éste, cuando se presente la ocasión, conviene que use libremente del discurso". EH 6e.
- 33.- No conviene sobrecargar al alumno con trabajos excesivos: "así como las plantas crecen con un riego moderado, pero se ahogan con mucho agua, del mismo modo el alma crecerá con los trabajos moderados y con los excesivos se agobiará". (EH 9b); "el descanso es el condimento de los trabajos. (...) En general, el cuerpo vive con la necesidad y la satisfacción, y el alma con el reposo y el trabajo". (EH 9c). Necesario es también ejercitar la memoria "porque es el almacén de la educación, (...) Mnemósine es madre de las Musas" (EH 9d). No obstante, "es lo más sagrado acostumbrar a los niños a decir la verdad". (EH 11c).
- 34.- En *Sobre la educación de los niños*, Plutarco se centra preferentemente en el cuidado de los niños, aunque habla también, en el capítulo XVI, de la adolescencia.
- 35.- Insiste (capítulo XVII) en la necesidad de elegir bien al maestro, y evitar a los falsos maestros o aduladores, y lo refuerza haciendo una llamada de atención a cuidar de las compañías de los jóvenes. Para tener cuidado de las perversas compañías, ejemplifica esta vez Plutarco por medio de algunos *enigmas* de Pitágoras, que

son como una especie de refranes que el mismo Plutarco explica, por ejemplo: "no probar melanuros", "no saltes por encima de la balanza", "no dar la mano derecha a cualquiera", etc. (EH 12d-f).

- 36.- Cf. EH X.
- 37.- *Cómo debe el joven escuchar la poesía* (JEP). En Plutarco, parece que la poesía es "sierva" de la filosofía; aunque esto puede interpretarse en varios sentidos: la poesía es un saber superficial simplemente; o, la poesía es importante y necesaria, aunque superficial, pues hay que ir al fondo: el conocimiento de la verdad, y eso es ya filosofía. Yo lo voy a interpretar en el mismo sentido de Platón. En este sentido, de un lado, "en" el estudio de la poesía se empieza "ya" a estudiar filosofía. La poesía expresa en imágenes lo que la filosofía encierra en conceptos. Pero son las imágenes las que nutren nuestra alma, porque son las que van hasta el fondo del alma y logran conmoverla. Plutarco dice, además, que el joven disfruta de la enseñanza de la filosofía si está envuelta en el lenguaje poético, en las fábulas, en las sentencias poéticas, "en las doctrinas sobre almas, si están mezcladas con mitología" (JEP 14e).
- 38.- Concluye Plutarco el tratado: "sea conducido con un ánimo bien dispuesto, amistoso y familiar por la poesía hacia la filosofía" JEP 37a13-b.
- 39.- Cf. JEP 15e-f.
- 40.- JEP 17f.
- 41.- Cf. JEP VII. Plutarco dice que el motivo de acercarse a la poesía no es "la diversión", sino "la educación" (JEP 30e1).
- 42.- JEP IV: desacreditar los ejemplos malos y acreditar los buenos; JEP V: hacer ver que los buenos ejemplos conducen a la felicidad; JEP VI: qué entienden los poetas por "Týche" y "Moira".
- 43.- "Por tanto, (...) acerquemos al joven a la poesía, para que sobre aquellos grandes y famosos personajes, no tenga la opinión de que eran, en efecto, hombres sabios y justos, reyes perfectos y modelos de toda virtud y rectitud". (JEP VIII, 25d-f).
- 44.- Cf. JEP 15b.
- 45.- JEP 16a7-8; cf. Aristóteles, *Metafísica* 983a4.
- 46.- "Por tanto, en todas las cosas es útil también buscar (...) la causa y la razón del mandato. Pero a los poetas no hay que obedecerles como a pedagogos o legisladores, a no ser que su asunto sea razonable". (JEP 28a-b).
- 47.- Cf. JEP 26c; ver también 31a5.
- 48.- "Pues es necesario que un buen pedagogo sea, por su naturaleza, tal como era Fénix, el pedagogo de Aquiles". EH 4a.
- 49.- "Pero están muy a propósito (estos versos), ya que Fénix está enseñando a Aquiles qué es la ira y a qué cosa se atreven los hombres encolerizados, cuando no usan la razón ni obedecen a quienes les exhortan". (JEP 26f9-27a2). Más adelante dice Plutarco refiriéndose a la educación en Homero: "En verdad, es una previsión admirable que un hombre que es propenso a la cólera y que es cruel e iracundo por naturaleza no se desconozca a sí mismo, sino que evite y vigile las causas y las prevenga de lejos con razonamiento para no caer involuntariamente en la pasión. Del mismo modo es preciso que se comporte el aficionado al vino con la bebida y el inclinado al amor con el amor". JEP 31b-c. Plutarco redundante en el contenido "formativo" de esta educación: "En efecto, igual que a los caballos no se les pone freno en las carreras, sino antes de las carreras, del mismo modo los propensos a la violencia y los iracundos se deben encaminar hacia las dificultades controlándose antes con un razonamiento y disponiéndose a ellas de antemano". JEP 31d.
- 50.- En este sentido: "sólo la virtud es algo apreciado por los dioses y es algo divino" (JEP 30f4-5); "el conocimiento es lo más divino y más regio, en el que descansa la máxima superioridad de Zeus, porque cree que las otras virtudes siguen a ésta". (JEP 32a).
- 51.- Esto lo desarrolla en: "Sobre cómo se debe escuchar", en *Moralía* I, Madrid, Ed. Gredos, 1992, 165-194. En adelante cito como "CDE". El tratado lo dirige Plutarco a un amigo, Nicandro. Es un tratado educativo en el que Plutarco da una serie de consejos con el objeto de que Nicandro, una vez que ha dejado de tener maestro y se introduce en la vida adulta, siga su propio camino, pero un camino de hombre libre. El tratado es, pues, una exhortación, para que Nicandro continúe su ideal formativo, es decir, para que no abandone la virtud.
- 52.- Para Platón, es la luz la que fecunda el alma; para Plutarco, es la palabra la que siembra el alma. En consecuencia, el "giro interior" que hay que dar al espíritu en la educación es la capacidad de escucha. "En efecto, así como la luz para los que ven, también la palabra para los que oyen es un bien, si quieren aceptarla" (CDE 39e). Cf. Plutarco, *Mor.* 777f.
- 53.- "En efecto al mal muchos lugares y partes del cuerpo le permiten, introduciéndose a través de ellos, apoderarse del alma, en cambio para la virtud la única entrada posible son los oídos de los jóvenes, en el caso de que sean puros e inquebrantables a la adulación y se mantengan desde el principio no tocados por discursos vacíos". CDE 38a.

- 54.- Cf. CDE IIIss.
- 55.- CDE 38f2.
- 56.- CDE 38e. "También se dice que la naturaleza nos dio a cada uno de nosotros dos orejas, y en cambio, una sola lengua, porque debe cada uno hablar menos que escuchar" (CDE 39b).
- 57.- La actitud que no favorece engendrar la virtud en el alma es el orgullo y la arrogancia. Por eso el educador debe corregir el aire presuntuoso del joven. Porque "para el joven un adorno seguro es el silencio, sobre todo, cuando, al escuchar a otro, no se altera ni se alborota (...), aunque el discurso no sea demasiado agradable" (CDE 39b). Tampoco favorece el desarrollo de la virtud, la envidia, la maledicencia y la mala voluntad (CDE V; ver también III,39a).
- 58.- "Ciertamente, el admirar, que es lo contrario de despreciar, es, sin duda, propio de la naturaleza más noble y pacífica" (CDE 40f).
- 59.- La cita de Platón pertenece a *Alcibíades* I 133a (nota del traductor). Plutarco vuelve a citar esta misma frase de Platón en su tratado *Cómo sacar provecho de los enemigos* 88e; también en 129d y 463e.
- 60.- CDE 48c-d1 (el subrayado es mío).
- 61.- Y, en este sentido, no sólo por ello es pedagógico el error de los otros; también nos ayudan a nosotros si tomamos las imperfecciones de los discursos de otros como un reto para mejorarlo: "Pues el hacer objeciones a un discurso ya dicho no es difícil sino muy fácil; pero el oponer otro mejor es, ciertamente, laborioso. Igual que aquel Lacedemonio, que habiendo oído que Filipo había destruido Olinto totalmente, dijo: "Pero él no hubiera sido capaz de levantar una ciudad semejante"". (CDE 40d).
- 62.- Plutarco: "Cómo sacar provecho de los enemigos", en *Moralia* I, Madrid, Ed. Gredos, 1985, 303-325. (En adelante cito "PE").
- 63.- Dice Plutarco que nos ayudan tanto un buen amigo como los enemigos. "Por eso, Antístenes dijo muy bien que los que quieren salvarse necesitan amigos auténticos o enemigos ardientes. Pues los unos amonestan a los que se equivocan, y los otros, al censurarlos, los alejan del error". (PE 89b). En otro lugar vuelve a repetir estas palabras: "el que desea salvarse debe tener amigos buenos o enemigos fogosos. En efecto, los unos enseñan, los otros los prueban". (AM 74c). Además recomienda que "es necesario que los que carecen de una persona amiga que les amoneste soporten la palabra del enemigo que los odia, si muestra y reprende su vicio, considerando el hecho, pero no la intención del que habla mal de ellos". PE 89c.
- 64.- Cita a Jenofonte para decir "que es propio de un hombre inteligente sacar provecho, incluso de los enemigos". (PE 86c). El tratado está dirigido a su amigo Cornelio Pulcher, quien ha pasado a ejercer asuntos públicos, y, por ello, no le faltan enemigos. Para Plutarco, la actividad pública es uno de los principales motivos de enemistades; el otro gran motivo, tener amigos (cf. PE I).
- 65.- El enemigo está siempre al acecho; como los buitres, son arrastrados por olores sucios, no captan los olores limpios y sanos. Podemos sacar provecho si "cuidamos más de nosotros mismos", siendo más reflexivos, no haciendo nada con indiferencia, para no dar motivo a habladurías (cf. PE III). La cuestión, pues, no es lanzarse sobre el enemigo, sino sobre uno mismo: "tú mismo sé un hombre, muéstrate moderado, sincero, y trata con amabilidad y justicia a los que tienen trato contigo. (...) Penetra en tu alma, examina tus puntos débiles" (PE 88c). Además, vemos más fácil los defectos en otros, que en nosotros mismos (cf. PE V). Aguantar las injurias del enemigo es, para Plutarco, una buena ocasión para templarse los ánimos; como Sócrates, que aguantaba a su mujer, irascible y difícil, para acostumbrar sus ánimos a ser paciente y a no indignarse (cf. PE VIII). Mucho más ánimo se alcanza si se consigue vencer el odio al enemigo (cf. PE IX). En este sentido cita unos versos de Píndaro: "(ése) tiene su negro corazón forjado de diamante o de hierro" (PE 91a; citado también en 558a).
- 66.- CDE VII.
- 67.- CDE 41a1-2.
- 68.- CDE 41a11-13.
- 69.- CDE 4a13-41b.
- 70.- CDE 31b6-7. "Pues todos estos vicios (que buscan más la expresión que hacer honor a los hechos) han creado, por una parte, una gran carencia de inteligencia y de buenos juicios y, por otra, una gran sutileza y palabrería en las escuelas, porque los jovencitos no observan la vida ni la actuación privada ni la actuación ciudadana del filósofo, sino que se dedican a elogiar expresiones y vocablos y la bella manera de exponer, no sabiendo ni queriendo averiguar si lo expuesto es útil o inútil, necesario o vacío y superfluo". CDE 42d-e.
- 71.- CDE 41b-e.
- 72.- La cita del texto es de Simónides, según nota del traductor Para la creencia antigua, la abeja es un insecto profético, pues destila miel en la boca de los poetas. Así, la *Vita Ambrosiana*, en una de las biografías de Píndaro, narra un ejemplo de su niñez: cansado y dormido tras una cacería por el Monte de las Musas, el Helicón, una abeja llena su boca de miel y cera, como signo de que debe consagrarse al arte de la poesía Cf. Píndaro, *Odas y fragmentos*, Madrid, Gredos, 1984; datos tomados de la introducción general, p. 9.

- 73.- CDE 41f.
- 74.- Cf. CDE XIV. En este sentido insiste Plutarco en la correcta actitud del que escucha: "el sentarse derecho y firme con una postura correcta, la mirada fija en el que habla y disposición de constante atención, y una expresión en el rostro limpia y libre, no sólo de soberbia y de malhumor, sino también de otros pensamientos y preocupaciones". CDE 45c.
- 75.- Plutarco: "Sobre la educación de los hijos" 4b, (en adelante citamos EH) en *Moralia* I, Madrid, Ed. Gredos, 1992.
- 76.- Aconseja incluso a los padres que hagan un examen de sus hijos cada pocos días (cf. EH 9c-d).
- 77.- *Si la virtud puede enseñarse* 439f.
- 78.- EH 4b.
- 79.- Cf. EH 5b.
- 80.- Plutarco: "Cómo distinguir a un adulator de un amigo", en *Moralia*, Madrid, Gredos, 1985, 195-267. En adelante cito como "AM".
- 81.- "En efecto, el amor se ciega ante lo amado", a menos que uno se acostumbre por el estudio a amar las cosas hermosas más que las innatas y familiares". AM 48e-f. La cita pertenece a Platón, *Leyes* 731-d-e.
- 82.- El adulator "contradice la máxima "conócete a ti mismo", creando en cada uno el engaño hacia sí mismo y la propia ignorancia y la de todos los bienes y males que le atañen en relación a sí mismo, al hacer a los unos incompletos e imperfectos y a los otros imposibles de corregir". AM 49a-b.
- 83.- AM 65b-d.
- 84.- AM 74c.
- 85.- Para ello, puede servirse de "actitudes contrarias" (cf. AM 74a), "amedrentando al que es animoso y valiente con el reproche de la cobardía, al moderado y virtuoso con el del libertinaje (...)" (AM 74b).
- 86.- Cf. AM XXIX.
- 87.- Por eso dice: "Así pues, amigo Filópapo, se debe huir de toda maldad por medio de la virtud, no por medio de la maldad contraria" (AM 66c). "Así pues, es feo caer en la adulación, persiguiendo hacer favores, y es feo, por huir de la adulación con una desmedida franqueza, destruir la amistad" (AM 66d).
- 88.- Cf. AM XXX; una oportunidad puede ser aprovechar las humillaciones que otros le han hecho pasar por sus faltas, para incitarle a corregir su falta, o censurar a otros las mismas cosas que hay que censurar al amigo (AM XXXI); se ha de evitar censurar al amigo delante de otros (AM XXXII).
- 89.- Cf. AM XXXVI.
- 90.- AM 73d.
- 91.- Por eso le aplica Plutarco las palabras del moribundo: "Vaya falta de oportunidad, ¡hombre!, estoy escribiendo mi testamento y se me prepara un castorio" (AM 69b).
- 92.- Este aspecto de Platón lo desarrollo en la segunda parte de este trabajo.
- 93.- AM 69a; la cita es de Eurípides, *Ión* 732.
- 94.- Cf. AM XXVIII.
- 95.- AM XXVI.
- 96.- AM XXVII.
- 97.- AM XXXIII. "Pues tales amonestaciones penetran moralmente, y se cede más entre los que parece que padecen defectos semejantes, pero no ante los que parece que nos menosprecian". (AM 72b). La referencia a Fénix es importante, porque pone de relieve que Plutarco recoge el ideal educativo de Grecia. Como se sabe, Fénix es un elemento clave de la educación de Homero.
- 98.- *Sobre cómo se debe escuchar* 48c-d1 (el subrayado es mío).

PALABRAS CLAVE

Profesor. Antropología de la educación. Teoría de la enseñanza. Filosofía de la educación.

KEY WORDS

Theacher. Educational anthropology. Teaching theory. Philosophy of education.

PERFIL ACADÉMICO DEL AUTOR

Doctor en Filosofía. Profesor del Dpto. de Teoría e Historia de la Educación de la Universidad de Murcia. Premio Nacional de Doctorado en Filosofía por la tesis: La identidad del educador. Referentes de identidad constitutivos de la profesión educativa. Ha publicado: El profesor como formador moral. La relevancia formativa del ejemplo, Madrid, PPC, 2006. Es también autor del libro: El nuevo modelo de profesor: un análisis crítico, Madrid, La Muralla, 2006.

Dirección del autor: Universidad de Murcia. Facultad de Educación.
Dpto. T^a e H^a de la Educación
Campus Universitario de Espinardo.
Apartado de Correos, 4021.
30071 Murcia
E-mail: jpenalva@um.es

Fecha recepción del artículo: 29. septiembre. 2006

Fecha aceptación del artículo: 12. enero. 2007